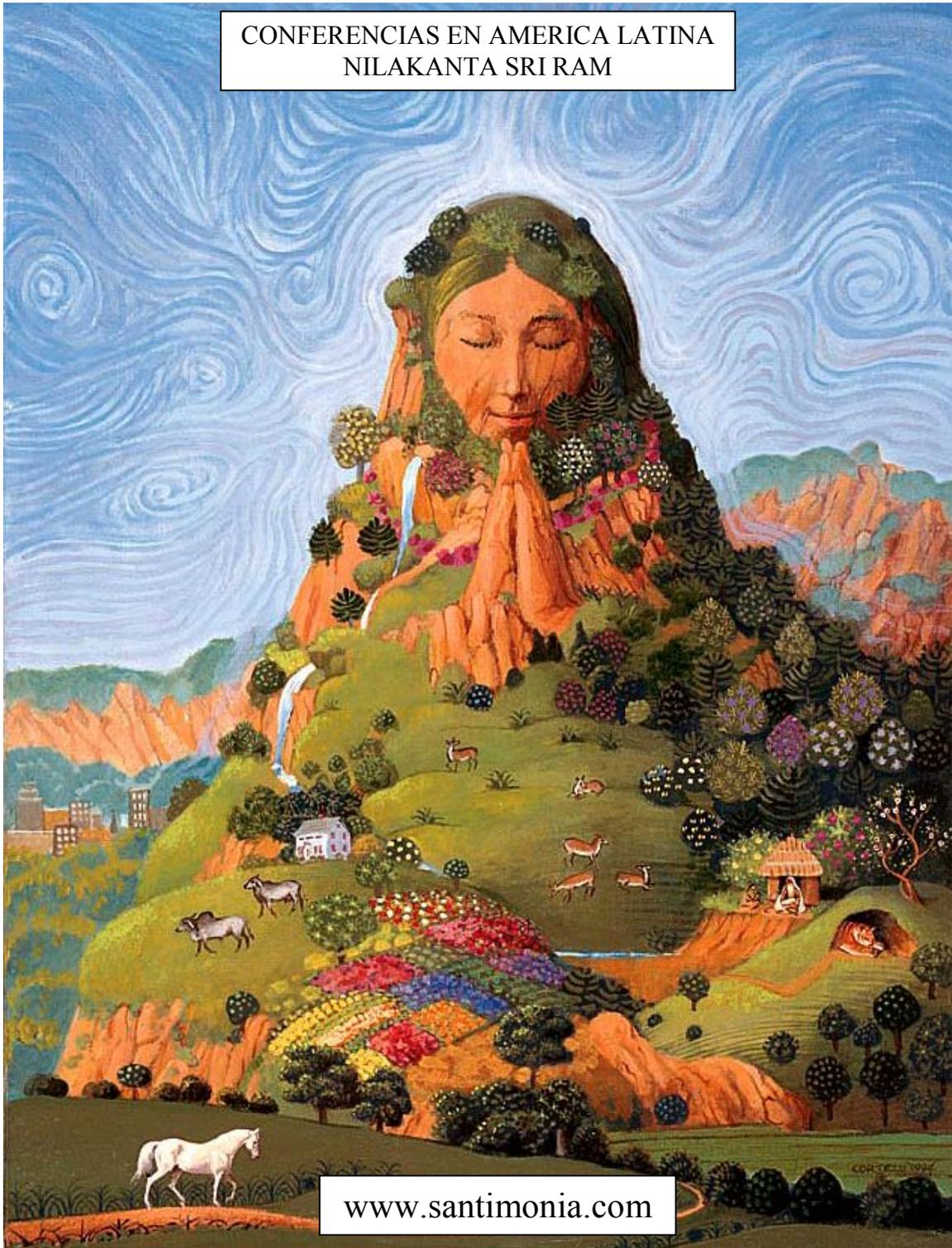


CONFERENCIAS EN AMERICA LATINA  
NILAKANTA SRI RAM



[www.santimonia.com](http://www.santimonia.com)

# QUE ES LA TEOSOFIA

**Q**UERIDOS amigos, permitidme ante todo daros las gracias por vuestra cálida recepción. Quizás no hubiera podido escogerse un tema más bello por el cual discurrir esta tarde, pues Teosofía, como está implicado en la palabra, es la Sabiduría divina o podría también traducirse como Sabiduría espiritual. Pero esa sabiduría no ha de gustarse dejando volar la imaginación, porque podemos imaginar tantas cosas; lo que imaginamos puede ser quizás una nada etérea, o podemos crear lo mismo ángeles que demonios, belleza lo mismo que terrores, pues cada cual crea imágenes de acuerdo a sus tendencias. La estructura de nuestra imaginación está construida sobre el terreno de lo que somos, y lo que somos se refleja en nuestra imaginación; por lo tanto debemos buscar la verdad y la sabiduría en la naturaleza de lo que percibimos.

Debemos buscar las ideas divinas en todas las cosas que nos rodean, y ver esta idea es ver la verdadera esencia incorporada en cada cosa y en cada persona, que en el proceso del devenir constantemente se aproximan. Pero no podemos ver lo interior de ningún ser o cosa —cada cosa es una especie de ser— porque no tenemos una inteligencia suficientemente sensitiva para percibir la verdad de esa entidad. Nos imaginamos que todas las cosas del mundo existen para nuestro propio beneficio, que todas las cosas existen con el fin de servirle al hombre, pero quizás cada cosa del mundo existe para su propia finalidad, para expresar lo que está dentro de ella misma, pese a la forma u organización inadecuada que tenga al presente.

Existe un proceso en la naturaleza al que llamamos evolución, cuya única finalidad es traer lo que está latente a un estado o condición de potencia, revelar o poner en manifiesto el carácter oculto de cada cosa o persona que existe. De modo que ve realmente, quien no solo ve la forma externa o apariencia, sino que tiene una inteligencia cuyos rayos pueden penetrar sobre el alma misma de esa cosa.

Es éste un universo de interdependencia en el que cada cosa posee cierta individualidad, más todas las cosas están relacionadas entre si de tal manera, que cada cosa puede prestar cierto servicio a las demás. Desde este punto de vista, todo el propósito de la existencia humana se cumple plenamente cuando una persona es capaz de servir a todos los demás y a cada uno. Ese es un aspecto de esta existencia en el que todas las cosas están interrelacionadas.

Pero existe otro aspecto diferente que tiene que ver con la evolución del individuo mirado como tal. El árbol existe no solamente para darnos su sombra o su madera, o para deleitarnos con la belleza y la fragancia de sus flores, sino que existe para consumirse a sí mismo, para convertirse en un árbol más maravilloso que nunca, para manifestar la riqueza que está en sus raíces, para dar expresión a la vida divina que lleva oculta. Le es posible al hombre llegar a tal refinamiento de la conciencia y que la misma sea capaz de relampaguear e iluminar hasta el corazón del ser mismo que observa, es decir, puede el hombre hacerse tan sensitivo que vea no solo la forma externa y el organismo, sino también lo que esa forma tiene por intención expresar? Es capaz de ver en un ser humano la expresión de su rostro y también todos los pensamientos y sentimientos que se mueven en su interior?

Conciencia significa sensibilidad. Porque, qué es conciencia? Ser conciente, es darse cuenta, saber lo que existe, no solamente de la forma sino también dentro; la mente, los sentimientos, el alma misma de la entidad. Si la conciencia puede ser suficientemente extensible, será capaz de fotografiar o de recibir en sí misma la totalidad del ser que percibe, con todos los procesos internos, y aún de la conciencia que está manifestándose en esa persona o entidad. No sé si esto os parece un mero vuelo de la imaginación, pero no puede decirse que no existe o que no puede existir una conciencia así.

Podemos mirar a través de los ojos de una persona y en cierta medida reconocer lo que hay en su corazón, responder a toda la belleza e importancia de lo que se presenta ante nosotros, y no podemos decir que esa conciencia nuestra no puede llegar a ser aún más sensitiva. La conciencia de cada uno de nosotros tiene que funcionar dentro de ciertos límites que corresponden al organismo empleado, al cerebro físico en que tiene que moverse, pero además de todo eso, la conciencia está limitada por sus propios apegos.

Nuestra conciencia rueda siempre sobre un terreno variable, y va siendo coloreada por cada cosa con la que entra en contacto, y lleva siempre todo eso en torno suyo. Si observamos un pequeño insecto que camina sobre el fango, vemos que acumula a su alrededor una substancia barrosa hasta que queda como una bola de fango animada, y no estoy faltando el respeto a nadie cuando digo que nuestra mente se asemeja mucho a esa condición, pues recolectamos un montón de experiencias y las mismas se pegan a nosotros, a nuestra mente.

Tenemos, entonces, varias ideas en nuestras mentes que están fundadas sobre el terreno de nuestras experiencias, y estas ideas no desaparecen una vez que se han formado sino que permanecen en las aguas de nuestra conciencia y, si me permitís

cambiar de pronto mi metáfora, cada uno de nosotros vive una vida limitada en la que está apegado a diversas cosas, a ciertas personas y a gran número de ideas. Pero cada apego que se va formando en el campo de la conciencia es como una corriente, una vara metálica que conecta al individuo con esa cosa a la que está apegado.

Sabéis que en mecánica se habla de un apego o nexo que puede ser una polea, una varilla, una corriente, y cuando existe el nexo que une a dos ruedas, por ejemplo, y una de ellas gira, pone en movimiento la otra. De manera similar, nosotros nos apegamos a algo y esa cosa con la que estamos anexados mueve nuestra conciencia, la hace girar. Y así, cuando estamos apegados a un número de cosas, todas ellas están en nuestra conciencia en forma de idea, y las mismas se interconectan unas con otras, de modo que se forma en nuestra naturaleza cierto mecanismo; entonces la conciencia actúa de acuerdo con el mecanismo que se ha formado y no puede actuar absolutamente libre. Toda máquina actúa automáticamente y es claro que cuando sentimos que poseemos tantas cosas, ya sean casas o joyas, ideas y algunas veces hasta personas, creemos que poseemos a esa persona y que nos pertenece a nosotros y a nadie más.

Constituimos cierto dominio, en otras palabras, una presión, y todo lo que está fuera de ella no es nuestro y así, cuando creamos en nuestra conciencia cierto campo que es como una envoltura, creamos una división entre nosotros y los demás, y esta división se muestra como un muro de indiferencia y si otras personas sufren no nos afecta en realidad mucho. Puede que miremos un poquito al que sufre y digamos ¡Pobre criatura! ojalá se mejorase, pero eso es todo y reasumimos nuestra vida. En realidad, no nos afecta el dolor de otra persona y desde luego, tampoco nos afecta la felicidad de los demás, excepto a veces para envidiarla. Vemos que dos personas se tienen mutuo afecto y eso no induce en nosotros un estado de afecto hacia ellos, más bien, a menudo, hay personas que no les gusta que otras se tengan afecto entre sí. Todo eso es en realidad la acción del yo, y siempre que deseamos alguna cosa, ese deseo no es sino cierto nexo en nuestra naturaleza que, cuando está activo, se constituye en un deseo.

Un hombre se siente apegado al licor y esa función existe en su naturaleza y surge a la actividad una y otra vez, y así tiene un anhelo positivo por la bebida y no puede sentirse feliz si no la tiene. Pero tampoco lo es después de haber tenido esa satisfacción, porque toda complacencia en cualquier anhelo simplemente condiciona más a la persona hacia ese anhelo, o en otras palabras, el anhelo se hace cada vez más fuerte. Vemos ahora, que este deseo, este apego, es el que crea en nosotros el sentimiento de egoísmo. Cuando más necesidad de posesiones y anhelos tiene uno, más egoísta tiene que ser necesariamente. Aún en nuestro

lenguaje ordinario cuando decimos: quiero algo, siempre hay un énfasis en el yo, es decir, soy yo el que quiero.

Y si ese querer no es satisfactorio, entonces se siente una sensación de frustración, y de la misma viene la ira y el resentimiento. Y así podemos ver que en esta fórmula del "Yo quiero", el "quiero" es el predicado y el "yo", la noción del "yo" es el sujeto. Es muy difícil separar las dos cosas; cuando más fuertemente desea uno alguna cosa, más potente es la fuerza de su conciencia de sí mismo. Es, pues este yo el que forma como un recinto, un cierto dominio creado dentro del campo de la ciencia, el cual es la causa real de nuestros conflictos e infelicidad, y debido a que esto encierra nuestra conciencia, ella se vuelve incapaz de funcionar fuera de esas limitaciones. Así, la cuestión íntegra acerca de la comprensión y evolución del hombre, gira en torno de esta cuestión del yo, que es una carga que el hombre lleva siempre consigo.

Toda la teosofía, a la que se denomina con palabras distintas en otros idiomas, por ejemplo en sánscrito Brahma Vidya, ha sido considerada como la ciencia espiritual de los seres, que es el significado de la palabra Brahman o realidad, pues al mismo tiempo se la ha descrito como Etma Vidya o ciencia de Ser.. Qué es ese ser? Tal es la cuestión que se nos presenta. Es algo temporal o permanente?

Si miramos este asunto desde un punto de vista común, considerándolo por nosotros mismos y no procediendo meramente sobre la base de creencias o de la opinión de diversas autoridades, podemos ver que esta noción o idea del yo que está en nosotros no es sino un pensamiento; no hay ninguna justificación para decir que no es más que un simple pensamiento.

El Sr. Buda habló de la naturaleza del yo y muchos budistas hablan de esto como "la ilusión de la existencia del alma", pero eso depende de lo que uno quiere indicar por el término alma. Puede el alma tener un significado completamente distinto al de esta idea del yo que nosotros tenemos in mente, pues encontraréis que este yo crece con cuantas más cosas se le apegan. El Señor Buda dijo que ese yo es en realidad un compuesto, un agregado de cosas, de tendencias, una creación de nuestros propios recuerdos y que por lo tanto, como todo compuesto, debe llegar alguna vez a disolverse.

El yo se forma como ya lo dije, por medio de nuestro apego a diversas cosas, por la operación de lo que podemos llamar las sensaciones de placer y dolor en la vida. Comemos algo que nos produce una sensación agradable porque la relación que existe entre el organismo humano y esa sustancia es tal que debe producir una sensación de placer, o de agrado, pero luego la conciencia no tiene solamente un recuerdo agradable, sino que esta-

blece un nexo con esa sensación, de modo que desea repetir la misma, y ese apego es mecánico. Cuando un hombre está comiendo algo, pero sin pensar en el acto que realiza sino en algo distinto, como cuando lee y come al mismo tiempo, el placer que se deriva de esa comida particular subsiste en el yo, mientras el cuerpo come mecánicamente.

En realidad, todos estos apegos pertenecen a la naturaleza y su mecanismo. Cuando uno actúa de acuerdo con cierto mecanismo, no está actuando por iniciativa de su propia inteligencia, y cuando la misma no entra en acción tiende a caer en sueño y así, cuando quiera que actuamos mecánicamente, la inteligencia se retira al fondo y permite que el automatismo se haga cargo de las cosas. Ahora bien, tenemos que comprender que todos los apegos que formamos o que existen en nuestra conciencia o en nuestra naturaleza, impiden el libre movimiento de la conciencia, porque esas varias ideas quedan fijas en la misma y no quieren ser perturbadas, de modo que el pensamiento debe abrirse paso entre esas ideas fijas.

Si una persona cree en cierto libro como que es la verdad absoluta y esa creencia se fija absolutamente en su conciencia, puede hablar inteligentemente acerca del tiempo o de los caballos que van a correr en las próximas carreras, pero todo lo que toque o tenga que ver con esa creencia, es aceptado de tal manera que no la perturba. En otras palabras, su pensamiento es una manía en torno de esa idea fija, y tenemos muchísimas de las mismas no solamente con respecto a las religiones o acerca de la política, sino también del respeto que creemos que los demás deben tener por nosotros.

Un hombre suele pensar, por ejemplo, que su esposa le debe demostrar cierto respeto, que ella debe actuar de una manera agradable para él; tiene varias esperanzas con respecto a ella. Todas estas son ideas fijas y todos sus pensamientos están acondicionados por esas previas ideas, y si contemplamos el conjunto de la conciencia de un hombre como una totalidad, como una esfera o cuerpo de conciencia, veremos que sólo una sección de esa conciencia es la que está activa en nosotros.

Dicho de otro modo, lo que llamamos conciencia es algo mucho más extenso, tiene mucha más amplitud y profundidad que lo que en realidad encontramos actuando, pero cuando hay muchas ideas fijas que se erigen como partes sobre este cuerpo, el mismo no puede obrar con la totalidad de su naturaleza y su acción queda limitada.

Esa es una verdad que yo creo importante para que nosotros la realicemos, porque podemos vivir vidas mucho más plenas, con mayor profundidad, con vibraciones más intensas, con mayor comprensión y amplitud, si sólo pudiéramos libertar a esa conciencia

de todos los impedimentos. Esos apegos que nos formamos o más bien las tendencias que producen esos apegos, continúan vida tras vida. Esta idea de que el ser humano pasa por una sucesión de vidas, no es una idea que le pediría a nadie que creyera en ella simplemente: la cuestión es: ¿será eso una verdad o no? No podemos salir del paso diciendo me gusta o no me gusta la idea de la reencarnación, porque un hecho es un hecho sin tener en cuenta nuestras propias ideas y preferencias.

Pero aceptando que exista esa reencarnación, la misma es claramente un proceso de repetición, las cosas suceden una y otra vez. Encontramos este proceso reiterativo muchísimo en la naturaleza, porque toda máquina repite las mismas acciones automática o mecánicamente, hace la misma cosa una y otra vez, y mientras nuestra naturaleza siga actuando mecánicamente, movido este mecanismo por cierto impulso seguiremos con las repeticiones.

El Señor Buda enseñó, para referirme a él otra vez, que es la sed de experiencias en las diferentes condiciones obtenibles en la tierra la que arrastra a la entidad psíquica o al ser a la reencarnación. En otras palabras, el hombre no viene a esta tierra sino por sus propios deseos e inclinaciones únicamente.

Veis que aún en la vida ordinaria, un hombre va al lugar o a las condiciones donde sus deseos lo llevan, si tiene un deseo de beber seguramente irá a la taberna y si no existe una cerca de su lugar, usará todos los ingenios para lograr las condiciones por las cuales puede satisfacer ese anhelo particular.

Pero eso no es sino apenas un tipo de experiencia, tenemos una gran cantidad de deseos de experiencias de esa clase en la vida, y es esta sed de experiencias que está hablando —metafóricamente— en la sangre del ser psicológico que es el hombre, la que pone en movimiento ciertas fuerzas por cuyo medio el hombre es llevado al remolino de la reencarnación. Puede que os guste o nó esta explicación, pero es con seguridad algo que tenemos que considerar. En lo que se asienta esta doctrina, es que existe una conexión continua entre la naturaleza psíquica y las condiciones físicas, de modo que las fuerzas operantes dentro del ser psíquico produce el resultado de que éste venga a la encarnación física.

Ahora bien, en la muerte no se disuelve completamente la psiquis de ese hombre, es meramente el cuerpo físico el que se disgrega, pero si consideramos a la mente como independiente del cuerpo, también la estructura íntegra de la mente se disuelve a su debido tiempo, porque todo lo que ha ido construyéndose por etapas, todo cuanto se ha formado por un proceso gradual, puede destruirse, salir de la existencia. ¿Pero qué queda cuando esa estructura desaparece? Cuando digo estructura estoy refirién-

dome a la mentalidad de una persona, a las diversas ideas que existían en la conciencia, a los hábitos mentales y emocionales, de modo que cada persona está constituida de cierta manera, no simplemente en su cuerpo, lo cual se debe desde luego a varios factores hereditarios y a la manera como vive, sino también a su mentalidad.

Si pudiéramos introducirnos dentro de la mente de todas las personas aquí presentes, y si pudiéramos mirar la mentalidad de cada uno, veríamos que la mente de cada cual difiere de los demás; la conciencia íntegra se estructura de cierta manera no siempre muy bella como una obra arquitectónica que se admira, pero está construida, y así llega uno a tener una mentalidad comparativamente estable y rígida. Es como una estructura de hielo; ya sabéis que el hielo viene a ser lo mismo prácticamente que el agua, y que mientras que la conciencia en su naturaleza práctica es como el agua, se puede volver rígida como el hielo y asumir una forma o estructura particular debido a los varios impactos que ha recibido. Cuando esta estructura se disuelve, y estoy refiriéndome a los procesos que ocurren después de la muerte del cuerpo físico, entonces la cuestión es: ¿qué queda?

Hay personas que creen que nada queda, pero es posible que queden las aguas puras de la conciencia, es decir, la conciencia de su naturaleza básica, la capacidad para sentir y responder después que esa estructura construida en el curso de la vida del hombre se haya derretido. Creo que tenemos que destacar esa conciencia pura que es como agua cristalina que fluye.

¿Cuál es el camino de nuestro progreso? ¿Cuál puede ser una relación profunda y verdadera, no superficial como la que tenemos ahora con los demás? ¿Es posible, como dijo el Señor Buda, poner fin al dolor? Eso es en realidad lo que todo ser humano, toda vida desea.

Si hay una verdad que debe expresarse en nuestra vida, es la unidad de la vida, la belleza de ella en toda forma, la extraordinaria sensibilidad que le pertenece y, por lo tanto, la santidad de la vida. Debemos aprender a respetar y comprender la vida, no sólo en los seres humanos, sino en los animales y en todas las demás criaturas. Lo que se necesita es el calor y la luz del sol, el sol de nuestra comprensión y de nuestro amor.

**Conferencia pronunciada en Buenos Aires,  
Argentina, el día 20 de junio de 1961.**

**(Versión castellana no revisada por el conferenciante).**

El título que se ha dado a esta conferencia, como a otras de esta serie, no fue sugerida por el autor. Le ha sido asignada por esta publicación.